

## Quinto domingo de Pascua C2025

Las lecturas de este domingo nos invitan a meditar sobre la obra que Nuestro Señor Jesús inició con la fundación de la Iglesia primitiva, cómo los apóstoles la han continuado a lo largo de los años y qué implicaciones tiene para nuestra Iglesia hoy.

Los Hechos de los Apóstoles describen la labor misionera de San Pablo y Bernabé en las tierras gentiles. Muestran el espíritu que los animaba al fortalecer a los discípulos para que perseveraran en la fe y aceptaran las dificultades por el Reino de Dios. Mientras proclamaban el Evangelio por todas partes, nombraron ancianos en cada comunidad mediante oraciones y ayunos, encomendándolos al Señor en quien depositaban su fe.

Lo que motivaba a Pablo y Bernabé era sobre todo la salvación del mundo en continuidad con la obra iniciada por nuestro Señor Jesús. Por eso se sintieron obligados a dar cuenta a toda la Iglesia de lo que hacían y de cómo el Señor salvaba a la gente por medio de ellos. Lo que este texto nos enseña es la necesidad de contar con personas que puedan consagrar su tiempo y talentos a la obra de nuestro Señor Jesús. Hoy, más que nunca, necesitamos personas en diversos ministerios: catequistas, diáconos, religiosos y religiosas, ministros de la Eucaristía, sacerdotes..., que puedan llevar la palabra del Señor a sus hermanos y hermanas. El texto también nos enseña la importancia de trabajar juntos como una sola familia y pueblo de Dios.

Esto significa que debemos tener una visión clara de que la evangelización es obra de la Iglesia como grupo y no de individuos aislados, por muy talentosos que sean. Pablo y Bernabé convocaron a la Iglesia e informaron sobre su misión. Al hacerlo, también escucharon las perspectivas del resto de la Iglesia respecto a su labor. Sin ese espíritu de informar y escuchar, la obra del Señor corre el riesgo de verse perjudicada por algunos individuos, mientras que todos los demás quedan excluidos.

El gran principio que encabeza la Iglesia y guía la acción de quienes se dedican a la evangelización es la ley del amor. Como relata el Evangelio, nuestro Señor nos recomienda amarnos unos a otros como él nos ha amado. El amor es la marca de nuestra identidad y nuestra vestidura como cristianos. Donde el odio está en el corazón y en los labios, existe un grave problema de pertenencia al Reino de nuestro Señor.

El amor exige aceptación del otro, tolerancia hacia quien no es como yo, respeto hacia quien, aunque no comparta mi visión de las cosas o mi ideología, sigue siendo un hermano o hermana en Cristo. Si no llevamos el amor como hábito, estamos fuera del Reino. Por eso nuestro Señor Jesús dice que seremos reconocidos como sus discípulos si nos amamos unos a otros.

Este punto es crucial y desafiante. Por experiencia, sabemos que a menudo amamos a quienes nos aman y rechazamos a quienes no son cercanos o no se parecen a nosotros. Pero nuestro Señor nos invita a amar sin distinción de raza, color de piel, idioma o nacionalidad. Tenemos que amarnos unos a otros más allá de la mera simpatía y los sentimientos; motivados sólo por el ejemplo de nuestro Señor mismo.

Un tal amor da testimonio al mundo de que pertenecemos a nuestro Señor. El mundo, en efecto, anhela a personas que puedan dar testimonio del amor de nuestro Señor, más allá de los sentimientos. El mundo anhela a cristianos que puedan mostrarles la civilización del amor.

Cuando amamos como nuestro Señor nos amó, Dios es glorificado en nosotros. Cuando imitamos a nuestro Señor guardando el nuevo mandamiento del amor, nos identificamos con él, y el Padre nos glorificará con él. Este tipo de amor que nuestro Señor nos pide requiere nuevas actitudes, nuevos valores y nuevos estándares de relación con Dios y con los demás, de tal manera que transformemos todo lo que tocamos. Este tipo de amor es más que un simple sentimiento de cariño hacia los demás. Es una entrega compasiva de nosotros mismos a las necesidades espirituales y físicas de nuestros semejantes. Implica tender la mano a los demás con una actitud de preocupación por su bienestar sin esperar ningún favor a cambio.

Si amamos de esta manera, podemos transformar el mundo y a las personas. Entonces, el cielo nuevo y la tierra nueva de los que habla el libro del Apocalipsis podrán construirse en nuestro mundo actual, anticipando el cumplimiento del Reino de Dios al final de los tiempos. Si amamos como Jesús, Dios morará con nosotros. Seremos su pueblo y él será nuestro Dios. Enjugará toda lágrima de nuestros ojos para que no haya más muerte ni luto, ni más lamentos ni dolor.

Esta es la gloria a la que estamos llamados y que solo podemos alcanzar viviendo como nuestro Señor, totalmente entregados a Dios y al prójimo. Pidamos a nuestro Señor que nos ayude a amar a los demás en nuestra vida diaria y en las pequeñas cosas de la vida, mostrando tolerancia, aceptación de las diferencias, compasión y perdón. Aprendamos a amarnos a nosotros mismos para que podamos aprender a amarnos unos a otros. Que todos los que sufren por el amor de sus seres queridos encuentren en el ejemplo de Jesús aliento, consuelo y alivio. Amén.

**Hechos 14: 21-27; Apocalipsis 21: 1-5a; Juan 13: 31-33<sup>a</sup>, 34-35**



Fecha de la Homilía: el 18 de Mayo, 2025  
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20250518homilia.pd